

LA GUERRA CIVIL EN LA SIERRA DE GUADARRAMA EN 1936

Fernando CASTILLO CÁCERES
Profesor de Historia de E.M.

EN julio de 1936, tras el levantamiento del Ejército de Marruecos contra el gobierno de la II República y la extensión de la rebelión por otras guarniciones peninsulares, toda España quedó dividida de forma irregular en zonas controladas bien por los gubernamentales, bien por los sublevados. Desde los lugares dominados por uno y otro bando se enviaron columnas precipitadamente constituidas, formadas por una amalgama de elementos civiles y militares, hacia aquellas ciudades que titubeaban en su lealtad o estaban bajo el control del bando contrario. En las primeras semanas de lo que sería una larga guerra, el objetivo esencial de los contendientes era Madrid ya que, en la idea de que aquello era un pronunciamiento, se suponía que quien controlase la capital presumiblemente se impondría.

Durante la fase inicial de la guerra, conocida como *guerra de las columnas*, que se extendió entre julio y octubre de 1936, toda España se vio surcada por contingentes republicanos y sublevados que estaban integrados por soldados, guardias civiles, guardias de asalto y milicias de los diferentes partidos en desigual proporción. Estas columnas, formadas por automóviles requisados y vehículos militares, dotadas básicamente de armamento ligero, excepto alguna pieza de 75 ó 105 mm. y morteros, prácticamente sin municiones, reservas y apoyo aéreo, fueron unas al encuentro de las otras, en ataque o defensa de las ciudades en liza durante los primeros días de la guerra. Los sublevados de la península más cercanos a la capital que con-

solidaron rápidamente el control de su zona, concretamente los de Castilla la Vieja, decidieron dirigirse rápidamente hacia Madrid, donde el 20 de julio era evidente que había fracasado la sublevación militar. Estos esfuerzos por tomar la capital iban a chocar con las maniobras republicanas para su defensa. A pesar de la confusión de los primeros momentos, a nadie se le escapaba la importancia que tenía la sierra y el control de los puertos de Guadarrama, Navacerrada y Somosierra en las operaciones que afectaban a Madrid. Dominar estos pasos principales resultaba vital para republicanos y sublevados por lo que, rápidamente, se organizaron columnas para ocuparlos.

El más importante de todos los puertos serranos, desde un punto de vista estratégico, era el Alto del León por ser el más cercano a Madrid, el de más fácil acceso y el de mejor carretera; además, para incrementar su valor, estaba el ferrocarril que atravesaba la sierra por La Tablada. Todo ello determinó que el grueso de los efectivos y del esfuerzo de ambos bandos en esta zona durante los primeros días de guerra se dirigiera hacia el puerto de Guadarrama. No obstante, a esta concentración de fuerzas también contribuyó, especialmente entre los sublevados, la falta de medios para diversificar las iniciativas¹. Entre las fuerzas nacionalistas, el sector de la sierra comprendido entre Navacerrada y Gredos fue encomendado por el general Emilio Mola al general Andrés Saliquet, jefe de la 7ª División. Por su parte, el puerto de Somosierra era objetivo de las fuerzas pertenecientes a la 6ª División, con sede en Burgos.

Desde las provincias castellanas, especialmente desde Valladolid, se dirigieron todos los recursos disponibles para intentar alcanzar Madrid y, cuando ya era evidente la imposibilidad de tomar la capital, mantener las posiciones conquistadas. La sierra tuvo gran importancia estratégica para los sublevados pues por un lado era la puerta de Madrid y su control significaba mantener la posibilidad de su conquista; por otra parte, su caída supondría probablemente la pérdida de Ávila y Segovia, dos ciudades cuya suerte estaba ligada a los combates serranos². Desde los primeros momentos se produjeron choques entre fuerzas de ambos bandos en Navacerrada y, muy especialmente, en la zona del Alto del León, tanto en la vertiente madrileña como en la segoviana. En los días 18 y 19 de julio hubo alguna escaramuza en las cercanías de San Rafael entre milicias serranas procedentes de Guadarrama, fieles al gobierno republicano, que habían ocu-

¹ MARTÍNEZ BANDE, José Manuel: *La marcha sobre Madrid*. Monografías de la Guerra de España, núm. 1, Madrid, pp. 80-81.

² *Idem*, p. 99.

pado el Alto del León, y unos reducidos efectivos de guardias civiles y cadetes de Artillería procedentes de Segovia incorporados al levantamiento³.

Mientras tanto, en Valladolid, sumada a la sublevación la 7ª División del general Saliquet y reprimidos los focos de resistencia republicana en la ciudad, se organizaba con toda rapidez una columna dirigida por el coronel Ricardo Serrador formada esencialmente por elementos del regimiento de San Quintín. Por su parte, los sublevados de Segovia, dada su cercanía a la sierra y la urgencia de la situación y a pesar de sus escasísimos efectivos, enviaron el 21 de julio una pequeña fuerza al Alto del León al mando del capitán Enrique Guiloche con el objeto de ocupar el puerto y esperar allí la llegada de la columna vallisoletana; al mismo tiempo, otra columna a las órdenes del capitán Antonio Olivé se dirigía al puerto de Navacerrada⁴. Los efectivos empleados por los sublevados en su primera iniciativa para intentar recuperar la sierra, estaban formados esencialmente por las fuerzas de artillería de la capital segoviana y por unidades del Regimiento de Transmisiones con guarnición en El Pardo. Esta unidad, tras fracasar el levantamiento en Madrid, había logrado llegar a Segovia tras una azarosa huida en la que perdió una sección en un choque con las fuerzas de Francisco Galán en las cercanías de Navacerrada⁵. La escasez de hombres y material eran las notas dominantes entre los sumados al levantamiento en Segovia, quienes en estos primeros días apenas contaron con apoyo de voluntarios civiles pertenecientes a partidos políticos opuestos al gobierno republicano ya que, al contrario de lo sucedido en Valladolid, no figura ningún contingente de milicias en las columnas segovianas de Guiloche y Olivé.

Aunque para ambos bandos era primordial el puerto de Guadarrama por las razones anteriormente expuestas, también Navacerrada tenía interés, pues a pesar de sus mayores dificultades de comunicación no dejaba de representar un acceso a Madrid para las fuerzas de la 7ª División. El propio Juan Modesto, a la sazón jefe de las milicias del Quinto Regimiento en la zona junto con Félix Barzana, señala la importancia que revestía este puer-

³ Idem, p. 82.

⁴ La columna dirigida por el capitán Guiloche estaba formada por una compañía del Regimiento de Transmisiones de El Pardo, una sección de la Guardia Civil, otra de Artillería con ametralladoras y dos piezas. Las fuerzas de Olivé se limitaban a ciento treinta hombres de una compañía del regimiento de El Pardo.

Todos los datos relativos a las fuerzas en presencia y sus mandos proceden, salvo mención expresa, de la obra citada de José Manuel Martínez Bande y del magno trabajo de Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, 1973.

⁵ En su marcha hacia Segovia, el regimiento de El Pardo llevaba prisionero al hijo de Francisco Largo Caballero, quien cumplía su servicio militar en esa unidad.

to al estar en el centro de la sierra, muy próximo a Segovia, y ser imprescindible para la defensa de otros pasos, en especial del Alto del León⁶. Aprovechando la confusión de los primeros momentos, los sublevados intentaron tomar también Navacerrada a pesar de sus escasas fuerzas y de la división de las mismas que suponía esta iniciativa. Hemos visto cómo la columna del capitán Olivé salió de Segovia en la tarde del 21 de julio en dirección al puerto con la intención de ocuparlo inmediatamente, sin embargo se vio obligada a detenerse en La Granja para acabar con la resistencia que ofrecían carabineros y paisanos fieles al gobierno. La lucha debió ser algo más que discreta, pues los sublevados se vieron en obligados a pernoctar en el Real Sitio y esperar la llegada de la Artillería y los refuerzos de Segovia para acabar con la resistencia gubernamental. Lo exiguo de las fuerzas de Olivé en hombres y material se pone de manifiesto en estos combates en los que paisanos y carabineros débilmente armados lograron detener durante horas a una unidad militar. Como veremos, este tiempo perdido por los sublevados permitió a los republicanos ocupar Navacerrada. El 22 de julio una pequeña columna nacionalista⁷ al mando del teniente coronel Manuel Zabaleta partió de Segovia en dirección a La Granja donde, tras absorber a las fuerzas de Olivé, redujo la resistencia republicana y se encaminó al puerto. Mientras tanto, el día anterior, tras una reunión celebrada en Villalba por los responsables de las fuerzas gubernamentales enviadas desde Madrid, una columna al mando del comandante Ricardo Burillo⁸ había ocupado Navacerrada y avanzaba hacia La Granja en auxilio de quienes todavía resistían a los nacionalistas procedentes de Segovia. Aunque ocuparon Valsain y otras posiciones de la vertiente norte de la sierra, fueron detenidos por las tropas de Zabaleta a la salida del pueblo. Las exigencias de otros frentes cercanos, la existencia de una serie de posiciones de uno y otro bando más o menos consolidadas, junto al resultado de los choques y a la mutua escasez de efectivos, provocaron la inmediata estabilidad del sector. Según Salas Larrazábal⁹, este frente, que por la izquierda llegaba al Alto del León y por la derecha a Rascafría, fue un lugar tranquilo en el que la paz sólo se vio turbada en contadas ocasiones por alguna escaramuza o corrección de líneas. A pesar de contar con buenas bases de partida para

⁶ MODESTO, Juan: *Soy del Quinto Regimiento*. Barcelona, 1978, p. 70.

⁷ Estaba compuesta tan sólo de dos secciones de ametralladoras y una batería, cuya actuación fue determinante en los combates de La Granja.

⁸ Esta columna estaba formada por dos compañías de guardias de asalto y diversos contingentes de milicias populares, entre ellos el batallón Octubre, socialista, y dos batallones Thaelmann, UHP y Alpino, pertenecientes al Quinto Regimiento.

⁹ SALAS LARRAZÁBAL, Ramón: *Op. cit.*, vol. 1, p. 236.

intentar penetrar en la meseta norte y de encontrarse en frente de un enemigo muy pobre en hombres y material, los republicanos no intentaron ninguna penetración de importancia hasta la ofensiva lanzada sobre La Granja en mayo de 1937. Por su parte, los nacionalistas se limitaron a mantener el frente, constituido por una serie de posiciones fortificadas, con las exiguas fuerzas disponibles.

Mientras se sucedían estos acontecimientos en Navacerrada, las fuerzas republicanas procedentes de Madrid, formadas por efectivos del Ejército, fuerzas de orden público y milicias populares al mando del coronel Enrique del Castillo¹⁰, habían ocupado sin lucha el Alto del León el día 22 de julio. Paralelamente, la columna de Francisco Sabio hacía lo propio en El Escorial. Al día siguiente llegó a las inmediaciones de la sierra la columna nacionalista del coronel Serrador¹¹ procedente de Valladolid, a la cual se unieron los efectivos segovianos al mando del capitán Guiloche establecidos en Otero de Herreros quien, al ver que el puerto de Guadarrama estaba en manos de fuerzas republicanas muy superiores y temeroso de encontrarse con la columna del teniente coronel Mangada, que operaba en tierras abulenses contiguas a El Escorial, había decidido esperar refuerzos antes de proceder al ataque. El mismo 22, a las tres de la tarde, Serrador ordenó a sus fuerzas atacar las posiciones republicanas del Alto del León. Durante cuatro horas se desarrollaron violentos combates en los que incluso participó la aviación republicana, concluyendo el enfrentamiento a las siete de la tarde cuando las fuerzas del coronel Castillo se retiraron de la cima en dirección al pueblo de Guadarrama. En su huida dejaron numerosos muertos, entre ellos el responsable de la columna y su hijo. De esta forma el Alto del León pasó a manos de los nacionalistas, permaneciendo en su poder durante toda la guerra. En lo sucesivo, los esfuerzos encontrados de cada bando se dirigieron, unos a reconquistar el puerto perdido, y otros a consolidar y, en la medida de lo posible, ampliar los dominios obtenidos. Hasta esos momentos, los combates librados en la sierra eran los más intensos de todos los que se habían celebrado desde el 17 de julio, constituyendo los primeros enfrentamientos de entidad acaecidos fuera de entornos urbanos, más propios de

¹⁰ La columna del coronel Castillo estaba formada por un batallón del Regimiento de Ferrocarriles 1 y 2, dos compañías de guardias civiles, dos compañías de guardias de asalto, un grupo de autoametralladoras, seis baterías de artillería y un grupo de piezas de 75 mm.

¹¹ Las fuerzas de Serrador estaban compuestas por un batallón del Regimiento de Infantería de San Quintín, un escuadrón del Regimiento de Farnesio, dos baterías, elementos de transporte y transmisiones, así como una centuria de milicias de Falange y ciento cincuenta voluntarios de las Juventudes de Acción Popular, rápidamente absorbidos por la estructura militar. A esta columna se unieron los exiguos efectivos del capitán Guiloche, procedentes de Segovia.

un pronunciamiento. Todo ello por los medios y hombres empleados, permitía aventurar que la España del verano de 1936 se alejaba del golpe de estado para adentrarse en la guerra civil.

Desde un primer momento las fuerzas de Serrador instalaron sus baterías en la explanada de la cumbre del Alto del León, desde donde podían batir a placer la vertiente sur de la sierra prácticamente hasta Villalba, aunque fue el pueblo de Guadarrama, convertido en cuartel general de los gubernamentales en este sector, el que sufrió más intensamente los efectos de los bombardeos. El día 23 de julio comenzó un duelo artillero entre las baterías de ambos bandos que preludiaba el primer intento de recuperación del puerto. Este mismo día, las fuerzas republicanas, incrementadas con refuerzos procedentes de Madrid constituidos por unidades de la Guardia Civil y milicias populares, entre ellas algunos efectivos del Quinto Regimiento¹², bajo el mando conjunto de los tenientes coroneles Moriones y Puig, llevaron a cabo un contraataque con la intención de recuperar el Alto del León. Hay que señalar que incluso se enviaron fuerzas desde Navacerrada para reforzar el sector de Guadarrama, lo que da idea de la estabilidad de aquel frente y la importancia concedida a la operación. En esta acción, como otras operaciones de la zona, participaron voluntarios de los pueblos serranos encuadrados en las milicias populares¹³. Este encuentro fue el primero de una serie de furiosos y voluntaristas, pero también ineficaces, contraataques republicanos que se sucedieron a lo largo de la última semana del mes de julio de 1936 y cuyo objetivo era recuperar las posiciones perdidas en la cumbre de la sierra; todos ellos se saldaron con un elevado número de bajas y sin alcanzar ninguno de los objetivos previstos, aunque sirvieron para detener a los nacionalistas, quienes no esperaban una reacción tan firme.

Al día siguiente –24 de julio– los mandos republicanos, percatados de la solidez de las posiciones de Serrador en el Alto del León, decidieron efectuar un ataque de flanco. El batallón del Regimiento de Wad Ras, al mando del capitán Benito Sánchez, fue el encargado de ocupar el puerto de Cuelgamuros, a cinco kilómetros del Alto del León, guarnecido por reducidas fuerzas de voluntarios falangistas. A pesar de la superioridad de los guber-

¹² BLANCO RODRÍGUEZ, Juan Andrés: *El Quinto Regimiento en la política militar del P.C.E. en la Guerra Civil*. Madrid, 1993. Dedicó numerosas páginas a la Sierra de Guadarrama.

¹³ MODESTO, Juan: *Op. Cit.*, p. 85; LÍSTER, Enrique: *Memorias de un luchador. Los primeros combates*. Madrid, 1977, p. 85. Enrique Líster, entonces jefe del Batallón Acero del Quinto Regimiento, destacado en los frentes serranos, relata cómo el alcalde de Guadarrama ofreció guías del pueblo para atacar a los ocupantes del Alto del León a través de los pinares y evitar de esta forma la carretera y los ataques frontales.

namentales y del éxito inicial al tomar las primeras posiciones, la firme resistencia de los nacionalistas y su rápida reacción desbarató la operación¹⁴.

Mientras los sublevados se atrincheraban febrilmente en la cumbre del Alto del León y consolidaban sus posiciones, los republicanos se concentraban en el pueblo de Guadarrama antes de lanzar cada uno de sus ataques. Este lugar, batido por el fuego de la artillería y prácticamente deshabitado, *era un hormiguero donde de vez en cuando las granadas que llegaban de lo alto creaban la confusión, pero en seguida se ponía todo en movimiento*¹⁵. El 25 de julio, tras haber fracasado el contraataque gubernamental por Cuelgamuros, tomó el mando el general Riquelme, quien preparó el que se creía iba a ser el definitivo intento de recuperación del Alto. Se incrementaron los efectivos republicanos con más hombres y material tan importante como piezas de artillería de 155 mm. y varios carros Renault FT-17. También estaba previsto que la aviación prestase su apoyo a la operación por medio de unos Breguet XIX y Nieuport 52, los cuales actuaron de manera casi constante aprovechando el dominio aéreo del que disfrutaban. Para presenciar la lucha y el que se consideraba iba a ser el triunfo de las fuerzas republicanas, acudieron personalidades políticas como Francisco Largo Caballero, Julio Álvarez del Bayo, Dolores Ibárruri y Francisco Barnés, ministro de Instrucción Pública del gobierno de Madrid. En la cumbre, los reducidos efectivos de Serrador esperaban el envite cada vez más desgastados por las acciones anteriores y con el único refuerzo de una batería y unos pocos hombres¹⁶. El desarrollo del ataque republicano se llevó a cabo con un notable despliegue de arrojo pero también de incapacidad técnica. Los tanques Renault partieron de Guadarrama y, a través de la avenida que conduce a la cima, iniciaron el ascenso seguidos de las milicias, los guardias civiles y las unidades del ejército. Su recorrido finalizó en el sanatorio de La Tablada debido al certero fuego artillero proveniente de la cumbre que hacía imposible su avance, pero también a causa de las deficiencias técnicas de un material muy anticuado. Desde allí, las fuerzas gubernamentales se lanzaron al asalto del Alto del León sin ninguna cobertura y, aunque lograron llegar a la cima donde combatieron cuerpo a cuerpo, fueron batidas desde las posiciones sublevadas. Los combates de estos dos días -25

¹⁴ MARTÍNEZ BANDE, José Manuel: *Op. cit.*, pp. 89-90.

¹⁵ TAGÜEÑA LACORTE, Manuel: *Testimonio de dos guerras*. Barcelona, 1978, p. 14.

¹⁶ En concreto, los refuerzos recibidos por el coronel Serrador fueron una compañía de Transmisiones -probablemente del regimiento de El Pardo-, dos centurias de milicias de Falange y una batería del regimiento de Segovia. A estas fuerzas se unieron el día 26 una batería ligera de este regimiento, una batería pesada del regimiento de Medina del Campo y un batallón del Regimiento Toledo, de guarnición en Zamora.



El coronel Serrador con su Estado Mayor

y 26 de julio— fueron muy intensos y la presión republicana considerable, tanto que llegó a considerarse por parte nacionalista el repliegue del Alto del León a causa de los daños sufridos en los combates. Sin embargo, con el paso del tiempo era evidente el fracaso del ataque republicano. El día 27 llegaron refuerzos nacionalistas, algunos de ellos enviados por el general Mola procedentes de zonas distintas de las pertenecientes a la 6ª División, en concreto el Tercio de Requetés de Abárzuza y dos compañías del Regimiento de Arapiles de guarnición en Estella. El envío de tropas navarras a Guadarrama, cuyos objetivos naturales en los planes de Mola eran el norte, Somosierra o Aragón, da idea de lo difícil de la situación de los sublevados, sobre todo teniendo en cuenta los diversos frentes que tenía que atender¹⁷. Paralelamente, los esfuerzos republicanos perdían intensidad aunque el fuego de la artillería y los ataques de la aviación fueron continuos y bastante efectivos¹⁸. Precisamente este día los jefes de las fuerzas enfrentadas causaron baja a causa de las heridas recibidas en el combate. El teniente coronel Puig murió y el coronel Serrador dejó el mando directo de las tropas del Alto del León al general Ponte, quien se había hecho cargo el día anterior de todo el sector de Guadarrama. Esta circunstancia da idea de la dureza de los choques producidos en la sierra durante las primeras semanas de guerra.

Una vez finalizado el ataque, Ponte, juzgando que los republicanos habían consumido casi todos sus efectivos en el sector con las operaciones efectuadas en los últimos cuatro días, y estimulado por los refuerzos recibidos, decidió tomar la iniciativa y pasar a la ofensiva. El día 28 de julio, las fuerzas nacionalistas comenzaron un avance que les permitió extender sus líneas hasta casi la mitad de la ladera sur de la sierra y alcanzar el sanatorio de La Tablada. Este ataque, a pesar de romper las líneas republicanas, no llegó a penetrar en el pueblo de Guadarrama, aunque algunos autores como Martínez Bande afirman lo contrario¹⁹. El objetivo final perseguido por Ponte no fue alcanzado ya que los republicanos lograron frenar el avance nacionalista procedente de la cumbre y restablecer las líneas de los primeros días de la guerra, pero supuso un indudable desahogo para las posiciones del Alto del León.

¹⁷ La presencia de tropas navarras en el Guadarrama supuso un cambio cualitativo en las fuerzas empleadas, pues por vez primera participaban estas unidades en los combates. El resto de los refuerzos recibidos por Serrador fueron un batallón del Regimiento de la Victoria, de Salamanca, y varias centurias de voluntarios falangistas vallisoletanos.

¹⁸ CABALLERO, José (jesuita): *Diario de campaña de un capellán legionario*. Madrid, 1976, p. 26. Relata pormenorizadamente los bombardeos republicanos y sus efectos.

¹⁹ La toma y el avance sobre Villalba fue una noticia varias veces publicada por los periódicos de la zona sublevada. En concreto el ABC de Sevilla del 31 de julio comunica que las fuerzas de Ponte se desplegaban por los llanos de Villalba, una vez ocupado Guadarrama.

Parecía que los ataques de ambos bandos estaban condenados al fracaso. Sin embargo, el 31 de julio, a pesar de los daños sufridos, Ponte intentó de nuevo la ofensiva aprovechando la llegada de refuerzos procedentes de Salamanca al mando del teniente coronel Nevado²⁰. El general nacionalista decidió ignorar el peligro que representaba la presencia de fuerzas de la columna Mangada en su retaguardia y la amenaza que se cernía sobre Ávila tras la derrota de las fuerzas del comandante Doval por los republicanos el mismo día 31. Las fuerzas sublevadas apoyadas por dos carros Renault capturados, ocuparon el sanatorio de Tablada y alcanzaron la casa de peones camineros del kilómetro 51, pero de nuevo el avance fue detenido por las fuerzas de Riquelme, incrementadas con refuerzos madrileños recibidos el día 2 de agosto²¹. Al día siguiente los republicanos contraatacaron, librándose encarnizados combates alrededor de la disputada casa de peones camineros. El esfuerzo realizado por Riquelme se reveló excesivo para sus recursos ya que no sólo las fuerzas nacionalistas lograron detener el contraataque republicano sin excesivas pérdidas, sino que incluso respondieron el día 4 con un inesperado ataque. Esta maniobra fue una sorpresa total para los republicanos, una circunstancia que se unió a las pérdidas sufridas y al desgaste de los últimos días, y que casi produjo el hundimiento del frente gubernamental. El pánico cundió momentáneamente en la zona e incluso llegó a Madrid, donde se propagó el rumor de que los sublevados habían ocupado el pueblo de Guadarrama, lo que supondría una amenaza inminente para la capital. Sin embargo, la escasez de recursos en hombres y material que tenían los nacionalistas y la rápida reacción de los mandos republicanos, quienes supieron imponerse a la confusión, junto al dominio aéreo de que disfrutaban los gubernamentales, permitió que se restablecieran las líneas. La recuperación gubernamental fue tan rápida que incluso el día 5, Manuel Tagüeña, jefe de milicias de las JSU, con parte de los efectivos de la columna de milicias socialistas mandada por el italiano Fernando de Rosa, tomó Cabeza Lijar, un promontorio al sur del Alto del León y a pocos kilómetros del puerto que, asombrosamente, había permanecido hasta entonces sin ser ocupado por ninguno de los contendientes. Esta circunstancia revela la falta de maniobra que caracterizaba a los enfrentamientos, la obsesión por el choque frontal que dominaba a los dos bandos desde el comienzo de la guerra y la ausencia de un frente continuo²².

²⁰ La columna Nevado estaba formada por un batallón del Regimiento Zamora, con guarnición en La Coruña, una sección de Ingenieros, una batería ligera y una centuria de Falange.

²¹ Las nuevas fuerzas gubernamentales eran un batallón del Regimiento Otumba, de guarnición en Valencia, dos baterías ligeras y diferentes contingentes de milicias.

²² TAGÜEÑA LACORTE, Manuel: *Op. cit.*, p. 88.

En estas mismas fechas, la tranquilidad existente en el sector de Navacerrada se vio ligeramente turbada por unas pequeñas incursiones llevadas a cabo por los republicanos sobre Valsaín y La Granja, en las que participó el batallón Thaelmann, que no tuvieron ninguna repercusión. Poco después, el 6 de agosto, las fuerzas nacionalistas corrigieron ligeramente su frente al ocupar Matabueyes, un cerro situado a la izquierda de Valsaín. Desde ese momento tan sólo se producirían en esta zona algunos intercambios de disparos de armas ligeras, muy limitadas por la penuria de municiones, especialmente crítica entre los nacionalistas. El frente de Navacerrada apenas registró choques directos debido a la dificultad que ofrece el terreno para el despliegue de las fuerzas y a la tendencia a la defensiva que favorece la orografía. A esta inclinación contribuyó la escasez de medios de que adolecían ambos bandos, agravada por el trasvase de fuerzas al Alto del León a causa de la intensidad de los combates que allí se desarrollaban²³. El resultado fue que durante los dos primeros meses de la guerra, Navacerrada permaneciera prácticamente desguarnecido. Sin embargo, esto no impidió que fuera en este sector donde se formó a principios de agosto el primer batallón del Quinto Regimiento, organizado como tal unidad orgánica y no como una mera agrupación de compañías²⁴.

Paralelamente a estos acontecimientos desarrollados en la zona de Guadarrama y Navacerrada, la columna del teniente coronel Julio Mangada, cuyo núcleo era el batallón Asturias formado por mineros llegados a la capital para su defensa, deambulaba por la zona de la sierra contigua al sector de El Escorial desde el 20 de julio sin responder a ningún plan de operaciones. Tras haber conseguido cierto éxito sobre unas fuerzas sublevadas de escasa entidad, Mangada, más preocupado por lo que hoy denominaríamos su imagen pública, desaprovechó el vacío existente entre Santa María de la Alameda y Ávila perdiendo la oportunidad de tomar la capital castellana o de atacar el Alto del León²⁵. El 23 de julio el coronel republicano ocupaba las Navas del Marqués y, al día siguiente, hacía lo propio con Navalperal sin encontrar prácticamente resistencia. En esos momentos, en los que en la sierra de Guadarrama se libraban intensos combates y los sublevados carecían de reservas para detener a las fuerzas republicanas que habían penetrado en

²³ MODESTO, Juan: *Op. cit.*, p. 80. Juan Modesto, quien estuvo en ambos sectores con varias compañías del Batallón Thaelmann, afirma que el traslado de fuerzas de un puerto a otro era normal.

²⁴ BLANCO RODRÍGUEZ, Andrés: *Op. cit.*, p. 253.

²⁵ A pesar de que las operaciones de la columna Mangada caen fuera del ámbito espacial objeto de este trabajo, es inevitable referirse a las mismas, aunque sea someramente, por la influencia que tuvieron en los acontecimientos de la Sierra de Guadarrama. Para los datos numéricos y cronológicos nos remitimos una vez más a las obras citadas de Salas Larrazábal y Martínez Bande.

la meseta norte, Mangada dudaba entre tomar Ávila o Villacastín, sin plantearse la posibilidad de atacar por la retaguardia a las posiciones nacionalistas del Alto del León. De las tres posibilidades, la menos peligrosa a corto plazo para los sublevados era la que suponía la ocupación de Villacastín, un importante núcleo de comunicaciones. Precisamente por esta opción se decidió Mangada en un alarde de prudencia y academicismo, pues aunque era el objetivo más importante desde un punto de vista estratégico, también era el menos comprometido y más adecuado para proporcionar un triunfo fácil que explotar. Sea como fuera, la decisión adoptada supuso renunciar a ocupar la capital abulense o a cercar las posiciones del Alto del León, dos iniciativas que hubieran supuesto, además de un éxito propagandístico considerable en unos momentos muy delicados para los sublevados, la probable caída del frente y un repliegue de las fuerzas nacionalistas. Sin embargo, el riesgo para los defensores del Alto del León no había desaparecido, pues Mangada continuó amenazando El Espinar una vez que el 31 de julio derrotara de forma estrepitosa a la columna del comandante Doval, salida de Ávila con la intención de recuperar Navalperal²⁶. Precisamente los intentos nacionalistas por tomar esta localidad, repetidos infructuosamente el 4 y el 19 de agosto, obligaron a Mangada a concentrarse en este sector, rebajando su presión sobre la retaguardia del coronel Serrador, y a dejar la zona de El Escorial, la cual estaba guarnecida por las fuerzas dirigidas por el comandante Fernando Sabio, quien fue sustituido el 21 de agosto por el teniente coronel Niceto Rubio.

En la primera semana de agosto, mientras continuaba el intercambio de fuego de artillería y se sucedían los ataques aéreos republicanos, las fuerzas enfrentadas en el Alto del León de nuevo cambiaron sus mandos casi al mismo tiempo. Ponte dejó la dirección de las tropas nacionalistas a cargo del coronel Manuel Palenzuela y, por el lado republicano Riquelme, tras ser nombrado jefe del Teatro de Operaciones del Centro, cedió el mando al coronel José Antonio Torrado. Antes de que éste llegase a tomar posesión efectiva del mando, los gubernamentales llevaron a cabo el 9 de agosto el que iba a ser el último ataque frontal contra el Alto del León. El plan elaborado era ambicioso por su concepción —consistía en una maniobra envolvente que tenía como objetivo la cumbre— y por los efectivos que implicaba, ya que combinaba fuerzas de los sectores de Navacerrada y El Escorial e, incluso, de la columna del teniente coronel Mangada, con las existentes

²⁶ GARCÍA VENERO, Maximiano: *Madrid, julio de 1936*. Madrid, 1973, pp. 537 y ss. Este autor, falangista y partidario de la sublevación, muestra un intenso rechazo hacia el comandante Lisardo Doval, a su juicio mucho más ducho en asuntos represivos que militares.

en Guadarrama; sin embargo, a pesar del esfuerzo realizado, la operación fracasó desde sus inicios. Este enésimo fiasco republicano supuso el final de un período caracterizado por una serie de operaciones destinadas a recuperar el Alto del León, llevadas a cabo a lo largo de casi dos meses con idéntico método en su realización. Con la llegada de Asensio se abrió una nueva etapa en la estrategia republicana al aportar el nuevo responsable las dosis de serenidad necesarias para comprender lo difícil y costoso del sistema empleado y la necesidad de sustituirlo por otros métodos más sofisticados, distintos del simple ataque frontal. También se abrió paso el convencimiento de que el Alto del León no se recuperaría a corto plazo, reconociéndose la fortaleza de los nacionalistas. No es casual que en las crónicas periódicas gubernamentales el tono de las informaciones sobre Guadarrama cambiase a finales de agosto, empezándose a hablar de resistir antes que de atacar. Por otra parte, el desarrollo del conflicto iba convirtiendo a la Sierra rápidamente en un frente secundario. El primer síntoma de esta pérdida de importancia se registra claramente tras la toma de Badajoz el 14 de agosto por el teniente coronel Yagüe. La evidente amenaza que constituía el Ejército de Marruecos para la capital, aunque todavía parecía lejana, provocó que se reforzase el frente del Tajo, una medida que perjudicaba especialmente al sector de la sierra. Precisamente, con ocasión del ataque gubernamental del 9 de agosto contra el Alto del León, ya que se puede apreciar la ausencia de nuevas unidades para participar en la operación, teniendo que recurrirse para su realización a una concentración de fuerzas del sector, en contraste con lo sucedido en otras ocasiones. La situación militar se complicaba paulatinamente para los republicanos en la zona centro al perder el monopolio del aire desde el 12 de agosto, en que por vez primera aparecieron en los cielos de la sierra aparatos de los nacionalistas²⁷, aunque todavía conservaron el dominio aéreo durante algún tiempo²⁸. Mientras tanto, los sublevados consolidaban cada vez más sus posiciones en toda la sierra al tiempo que reforzaban en la medida de sus escasas posibilidades²⁹, aunque veían cómo la marcha sobre Madrid desde Valladolid quedaba detenida en las alturas serranas.

A finales del mes de agosto, a pesar de continuar el duelo artillero y los ataques aéreos de los gubernamentales, se iba imponiendo en la zona de Guadarrama una tendencia a la estabilización del frente y al desplazamien-

²⁷ CABALLERO, José: *Op. cit.*, pp. 34-35.

²⁸ CARDONA, Gabriel: "La guerra de las columnas", tomo I, Madrid, 1996, p. 69, en *España 1936-39. La guerra militar*.

²⁹ A principios del mes de agosto llegó a la sierra desde Valladolid parte del Regimiento de Farnesio para reforzar a los sublevados.

to de las operaciones hacia áreas vecinas como Peguerinos, correspondiente al sector de El Escorial³⁰, y Santa María de la Alameda, bajo el control de la columna Mangada, donde se desarrollaron intensos combates. El 30 de agosto se inicia una operación a instancias del general Saliquet cuyo objetivo era la localidad de Peguerinos, punto avanzado del frente republicano de El Escorial, la cual debía ser tomada por una columna organizada para la ocasión bajo el mando del coronel Martínez Zaldívar³¹. Las fuerzas nacionalistas reunidas para ejecutar la maniobra eran importantes e incorporaban la novedad del empleo de tropas marroquíes, lo que suponía un cambio cualitativo en relación con los efectivos existentes hasta entonces en la sierra. La presencia de dos tabores de regulares, unas fuerzas de élite que se empleaban esencialmente en escenarios de interés estratégico, permite pensar que los sublevados, a finales del mes de agosto, no habían renunciado a romper el frente de la sierra ni a consolidar una base para marchar sobre Madrid. La operación se revelaba ambiciosa y original, pues se centraba en un sector poco afectado por los combates, apenas guarnecido por los republicanos, y con un objetivo bien escogido que afectaba a la práctica totalidad de la sierra. El fin inmediato del ataque nacionalista probablemente era disminuir la presión gubernamental sobre El Espinar, el Alto del León y Ávila, así como amenazar a las fuerzas de Mangada, una vez más peligrosamente cerca de la capital castellana después de haber desbaratado el último intento de los nacionalistas de tomar Navalperal el 9 de agosto³².

Inicialmente, Martínez Zaldívar tuvo éxito ya que tomó Peguerinos sin excesivos problemas, aunque la reacción de los republicanos fue inmediata. Asensio, para hacer frente al ataque nacionalista, adoptó la acertada decisión de crear la llamada Columna de Maniobra³³, al mando del teniente

³⁰ El sector de El Escorial, al mando del teniente coronel Rubio desde el 20 de agosto, estaba guarnecido por un batallón de Aviación, unidades de carabineros, el batallón Edificación de milicias populares, así como fuerzas de voluntarios locales y de otros pueblos de la sierra.

³¹ La columna de los sublevados estaba integrada por dos tabores de Regulares nº 4, un escuadrón a pie de Regulares, tres batallones de los regimientos de La Victoria, Bailén y San Quintín, así como un batallón de zapadores de la 7ª División.

³² Durante el mes de agosto de 1936, Navalperal fue una espina clavada para los sublevados de Ávila ya que todos sus intentos por tomar esta localidad fracasaron uno tras otro ante las fuerzas de Mangada, las cuales se mostraron muy efectivas ante unas fuerzas heterogéneas. Primero fue derrotada la columna del comandante Doval, quien tenía más experiencia en tareas represivas que en el combate; poco después, el 4 de agosto, le tocó el turno a las fuerzas del coronel Valverde, y el 19 al grupo del coronel Cebrián. Todas estas columnas estaban constituidas por una amalgama de unidades del Ejército y de la Guardia Civil con voluntarios civiles, sin duda menos efectivos que las milicias falangistas de Valladolid que tan buenos servicios prestaron a los sublevados en el Alto del León durante los primeros meses de guerra.

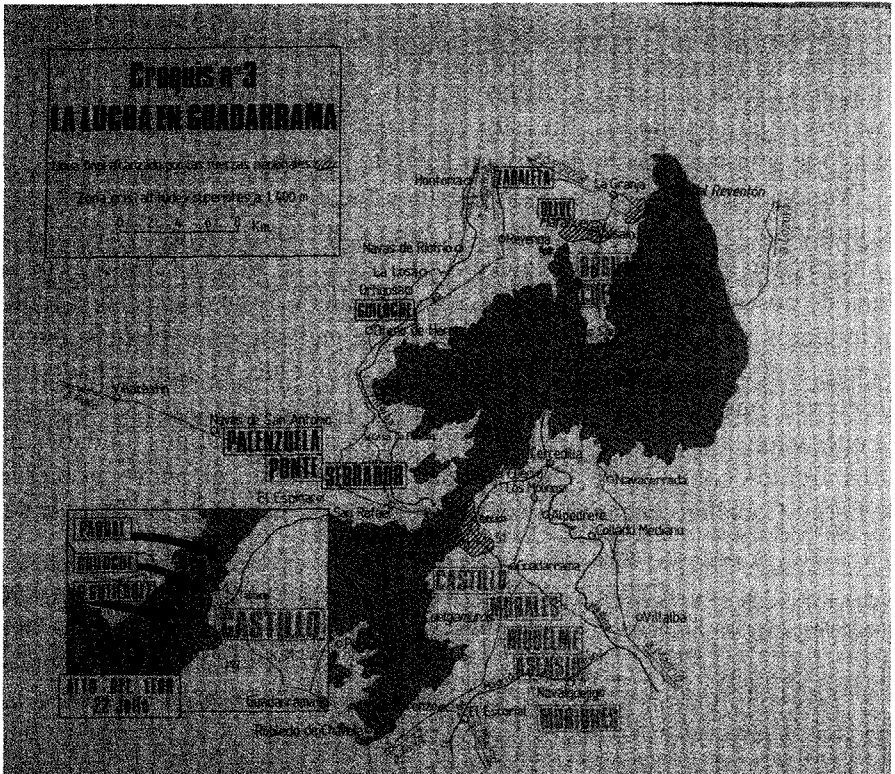
³³ Esta unidad estaba compuesta por tres batallones del Ejército: el de la Agrupación de Ingenieros de la 1ª División, el de Zapadores-Minadores y el de Zapadores nº 1; dos compañías de guardias de

coronel Domingo Moriones, curtido en los combates del Alto del León desde los primeros días de la guerra. Esta unidad, formada por las mejores tropas republicanas de la sierra, se reveló como una fuerza militarmente efectiva, pues consiguió derrotar a los sublevados y recuperar Peguerinos, capturando material y algunos prisioneros, lo que suponía frenar el último intento de los nacionalistas de acercarse a Madrid. Era un éxito gubernamental³⁴, más valioso cuanto se había logrado ante tropas escogidas y experimentadas, que permitió incrementar una moral muy quebrantada por los fracasos en el sector de Guadarrama, y consiguió presentar por primera vez en la sierra unas fuerzas cohesionadas, disciplinadas y adecuadamente dirigidas. Aunque era un conjunto todavía heterogéneo, la progresiva implantación de la disciplina y métodos militares en las milicias populares —una iniciativa que contó con el apoyo del Partido Comunista, cuyo modelo de ejército era el Ejército Rojo— junto a la presencia de unidades del Ejército, Guardia Civil y Carabineros, consiguieron convertir a las improvisadas columnas de las primeras semanas en unas fuerzas relativamente efectivas para los objetivos fijados. En estos acontecimientos se detecta el embrión de lo que semanas más tarde sería el Ejército Popular.

Aunque la recuperación de Peguerinos fue el primer éxito republicano de importancia desde que comenzó la guerra, apenas pudo ser apreciado al coincidir con la conquista de Talavera por Yagüe, de Irún por Mola y con la toma de posesión del gobierno de Largo Caballero. Eran demasiados acontecimientos para que lo ocurrido en la sierra pudiera ser explotado por la propaganda republicana, por entonces muy incipiente, ni aprovechado militarmente, pues el frente del Tajo se había convertido en el principal teatro de operaciones al cual se dirigían todos los recursos, incluidos unidades de otros frentes como el de Guadarrama. Precisamente, el nuevo gobierno de Largo Caballero encargó al coronel Asensio el mando de las fuerzas del

asalto procedentes de Navacerrada, así como cinco batallones de milicias populares, tres de ellos pertenecientes al Quinto Regimiento —Victoria, Acero y Thaelmann— y dos socialistas, Octubre y Pablo Iglesias, al mando de experimentados jefes como Modesto, Márquez, Arellano, Etevlino Vega, quien guarnecía Cercedilla, o el italiano Fernando de Rosa.

³⁴ MARTÍNEZ BANDE, José Manuel: *Op. cit.*, p. 100. La operación de Peguerinos es una acción poco conocida, pues incluso Martínez Bande, en su monografía dedicada a los combates de las primeras semanas en la Zona Centro, apenas se ocupa de ella aduciendo la ausencia de documentos al respecto entre los papeles de la 7ª División; SALAS LARRAZÁBAL, Ramón: *Op. cit.*, p. 234. Más explícito se muestra Salas Larrazábal quien, a pesar de manifestarse más crítico, tampoco se detiene en el acontecimiento; NENNI, Pietro: *La guerra de España*, México, 1967, pp. 111 y ss. Quizás la escasa atención historiográfica que ha merecido la batalla de Peguerinos responda a su coincidencia temporal con el avance sobre Madrid del Ejército de África, el asedio del Alcázar de Toledo y la toma de Irún y San Sebastián por las fuerzas de Mola. Un relato de los acontecimientos de Peguerinos se puede ver en la obra de Pietro Nenni.



Reproducción del croquis número 3 de La marcha sobre Madrid del coronel Martínez Bande

Tajo poco antes de finalizar la operación de Peguerinos; aunque era una decisión tomada sin duda con anterioridad, el éxito alcanzado por Asensio y su gestión en el frente de la sierra debieron influir en la misma. Su sucesor fue el teniente coronel Moriones, buen conocedor del frente, quien a poco de tomar el mando tuvo que hacer frente al primer ataque lanzado por los sublevados del Alto del León desde finales de julio.

El 10 de septiembre los nacionalistas, al comprobar cómo la marcha hacia Madrid desde la sierra quedaba definitivamente detenida tras la derrota de Peguerinos, iniciaron unas operaciones destinadas a ocupar unas alturas desde las cuales se dominaba El Espinar y a proteger y consolidar el flanco del Alto del León. Los objetivos eran Cabeza Renales y la ya disputada Cabeza Líjar, defendida por el batallón de milicias socialistas Octubre, al mando del italiano Fernando de Rosa. El coronel Serrador, quien sería confirmado el día 14 como jefe de las fuerzas sublevadas en la provincia de Ávila, organizó una columna a partir de las tropas que habían estado a las órdenes de Martínez Zaldívar y Nevado en el frustrado ataque a Peguerinos, entre las que se contaban, como hemos visto, efectivos marroquíes, en concreto un tabor de Larache, así como experimentadas unidades curtidas en los combates celebrados en el Alto del León³⁵. Eran unas fuerzas considerables, alejadas de la heterogeneidad e inexperiencia de los primeros días, que permitían a Serrador, quien únicamente pudo disponer para la acción de las tropas que tenía disponibles en el sector bajo su mando, gozar de superioridad y contar con reservas para emprender el ataque con garantías de éxito. Las operaciones se desarrollaron sin complicaciones y, el mismo día 10, los sublevados tomaron Cabeza Renales y el 15 caía Cabeza Líjar. Al día siguiente, los republicanos intentaron recuperar esta importante posición pero sin poder reunir refuerzos para el contraataque, fracasaron en el intento, en el cual murió el jefe del batallón Octubre, Fernando de Rosa. Gracias a esta operación, iniciada antes de la llegada del invierno y aprovechando las difíciles circunstancias por las que atravesaban los republicanos en el valle del Tajo, lo que imposibilitaba el envío de refuerzos a la sierra, quedaron consolidadas las fuerzas sublevadas en sus asentamientos en la cumbre y fueron definitivamente perdidas por los gubernamentales unas posiciones privilegiadas que les permitía amenazar desde el principio de la guerra la vertiente norte de la sierra, una circunstancia que no supieron explotar.

³⁵ A las órdenes del coronel Serrador se encontraban los siguientes efectivos: un batallón del Regimiento de San Quintín, un tabor de regulares de Larache, tropas de Ingenieros, una batería de montaña, así como fuerzas de voluntarios de Falange.

Paralelamente a estos acontecimientos, en el cercano y estable sector de Navacerrada también se producirán cambios en el bando republicano. Al igual que le sucedió a Asensio, el comandante Ricardo Burillo tuvo que dejar el mando de las escasas fuerzas gubernamentales que guarnecían el sector al ser destinado al frente del Tajo. Le acompañaban dos compañías del batallón Thaelmann, al mando de Juan Modesto, unas tropas de choque que acababan de participar en el contraataque sobre Peguerinos, cuya presencia se juzgaba necesaria para hacer frente al Ejército de África. El nuevo responsable de este sector de la sierra fue el comandante de Infantería Eduardo Cuevas, quien tenía como núcleo principal de sus mermadas fuerzas a las dos compañías restantes del batallón Thaelmann, al mando del jefe de milicias Gonzalo Pando, y a las tropas de milicias que se encontraban en Cercedilla al mando de Etelvino Vega. La caída de Talavera y la amenaza que se cernía sobre Madrid dio lugar a que el frente republicano en Navacerrada perdiese fuerzas en cantidad y calidad, una circunstancia común a toda la sierra. Sin embargo, esto no impidió que el 15 de septiembre se produjeran algunos combates en las cercanías de La Granja debido a la iniciativa gubernamental, en los que participaron los restos del batallón Thaelmann, que apenas tuvieron más repercusiones que alterar la calma del frente³⁶. El equilibrio de fuerzas o, si se quiere, la debilidad de ambos bandos, junto con la firmeza de sus posiciones, favorecida por el terreno, imposibilitaban decididamente cualquier tipo de maniobra.

El ataque de Serrador sobre las posiciones del flanco del Alto del León que concluyeron el 16 de septiembre, iba a significar el fin de los choques directos que, prácticamente de manera ininterrumpida, se habían desarrollado en esta zona desde el comienzo de las hostilidades, aunque los bombardeos artilleros continuaron durante algunos días. En lo que se refiere al sector de El Escorial, a finales de octubre el mando nacionalista emprendió un ataque destinado a conquistar Peguerinos aprovechando la previsible incapacidad republicana para enviar ayuda a la sierra al tener todos sus efectivos dedicados a la defensa de Madrid. Al contrario de lo sucedido semanas antes, las fuerzas nacionalistas lograron sus objetivos al alcanzar la línea de Santa María de la Alameda, consiguiendo de esta forma alejar la amenaza que desde el principio de la guerra se cernía sobre Ávila. Tras estos combates, la estabilización del frente y la guerra de posiciones se impuso en detrimento de los intentos por romper el frente o reconquistar posiciones perdidas debido a la atención preferente que reclamaban otros teatros de operaciones, de mayor interés estratégico.

³⁶ ABC. Madrid, 15 de septiembre de 1936.

En la segunda semana de septiembre definitivamente la marcha hacia Madrid ya no era competencia de las fuerzas del general Mola sino de las columnas el Ejército de África, que avanzaban imparables tras haber ocupado Talavera y rechazar el contraataque republicano desencadenado por el coronel Asensio el 6 de septiembre. Mientras tanto, el Ejército del Norte estaba comprometido en las operaciones encaminadas a conquistar San Sebastián, controlar la frontera con Francia y mantener el frente aragonés contra los ataques de las milicias catalanas.

En el otoño de 1936 era evidente que el frente de la Sierra de Guadarrama había quedado estabilizado en las posiciones alcanzadas hasta entonces por los contendientes, al mismo tiempo que el desarrollo del conflicto ponía de manifiesto el carácter netamente secundario del sector. La proximidad a Madrid de las columnas del Ejército de Marruecos en octubre de 1936 representaba para los republicanos un gravísimo peligro, mientras que para los nacionalistas era la oportunidad de ocupar la capital y, con toda probabilidad, de acabar con la guerra. A la defensa de la capital dedicaron los gubernamentales todos sus esfuerzos, por lo que las fuerzas de la sierra vieron cómo se reducían sus efectivos desde finales de octubre para reforzar la capital ante el inminente ataque del ejército nacionalista. Tras el comienzo de la batalla de Madrid en noviembre de 1936 y estabilizado el frente serrano, El Escorial y Guadarrama, por el lado republicano, y El Espinar y San Rafael por el nacionalista, quedaron como centros principales de las fuerzas en el sector de la sierra que tenía como eje al Alto del León. Durante estos meses las posiciones de ambos bandos mejoraron paulatinamente sus acondicionamientos con la certeza de que iban a albergar a sus moradores durante largo tiempo. Los bunkers del Alto del León que todavía existen son un buen ejemplo de la labor defensiva llevada a cabo por los nacionalistas, muy alejada de provisionalidad de los primeros días. Ahora, el duro invierno, cuya aparición temprana se registra a finales de septiembre de 1936³⁷, iba a ser el enemigo de ambos bandos. Las bajas temperaturas alcanzadas en esta zona, especialmente por la noche, durante los meses invernales, contrastaban con el clima veraniego en que se habían desarrollado los duros combates de las primeras semanas, y hacía que los soldados se hacinasen en sus trincheras, más seguras y, dentro de lo que cabe, más confortables que en los primeros días del conflicto. No obstante, a pesar de ser un frente muy secundario, la sierra y en concreto el sector de Guadarrama, el más activo y disputado, no disfrutó de mucha calma duran-

³⁷ CABALLERO, José: *Op. cit.*, pp. 61 y ss.

te el último trimestre de 1936, pues el intercambio de intenso fuego artillero, los bombardeos aéreos así como las incursiones y golpes de mano fueron frecuentes³⁸. A finales del año, cuando era evidente que se había estabilizado el frente de Madrid, se fue imponiendo en toda la sierra la guerra de posiciones, caracterizada por la calma y el tedio, roto de vez en cuando por algún tiroteo aislado o algún intercambio entre los combatientes. En este contexto las labores de adoctrinamiento político e instrucción militar cobraban una importancia de primer orden en ambos bandos con el objetivo de mantener la moral de la tropa y permanecer alerta ante cualquier ataque, nunca descartado.

Al acabar 1936, el Alto del León y toda la sierra habían dejado de ser el frente de guerra por antonomasia tanto para los madrileños como para los castellanos, siendo sustituido por otros teatros de operaciones. Sin embargo, la inexistencia de combates no significó la ausencia de amenazas, especialmente para las posiciones gubernamentales. Así ocurrió con ocasión de la batalla de la carretera de La Coruña. Una maniobra llevada a cabo por los nacionalistas que se incluye en el conjunto de operaciones que constituyen la batalla de Madrid durante el otoño-invierno de 1936, cuyo objetivo era cortar esta vía de abastecimiento y comunicación entre la capital y la sierra de Guadarrama. La interrupción de la carretera por los sublevados no sólo supondría completar parte del cerco de Madrid, sino también la caída de todo el frente serrano. La operación fracasó debido a la resistencia republicana y a la falta de reservas nacionalistas en este frente, teniendo que conformarse los sublevados con la ocupación de Boadilla del Monte, sin conseguir interrumpir las comunicaciones con la sierra ni descongestionar las posiciones de la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria.

La principal novedad para las fuerzas republicanas establecidas en la sierra a finales de 1936 consistió en su adaptación a las nuevas estructuras del recién creado Ejército Popular, de acuerdo con el decreto de 30 de septiembre que ordenaba la militarización de las milicias. Así, las tropas que guarnecían la zona de Navacerrada y Guadarrama se convirtieron en la 2ª División, integrada por las brigadas mixtas, 29, 30 y 31, mientras que las fuerzas desplegadas en el sector el El Escorial constituyeron la 3ª División, formada por las brigadas mixtas 32, 33 y 34. Algo semejante sucedió entre los sublevados, quienes reorganizaron sus fuerzas respondiendo a la iniciativa gubernamental y a las necesidades de la guerra. A principios de diciembre de 1936, las fuerzas de la 7ª División que guarnecían el sector com-

³⁸ Idem. pp. 60-80.

prendido entre La Granja y Navalagamella, al mando del coronel Palenzuela, se convirtieron en la División Ávila, al mando del coronel Serrador. Esta nueva unidad se dividía en dos brigadas: la I, que cubría los frentes de Navacerrada y Guadarrama, y la II, que se desplegaba frente a El Escorial, desde Peguerinos a Navalagamella, donde enlazaba con la llamada División Reforzada de Madrid, encargada del asedio a la capital. De esta forma finalizaba el año 1936 en la sierra de Guadarrama, escenario de intensos combates desde julio a septiembre y, desde esa fecha, de estabilización del frente, rota momentáneamente por la ofensiva republicana sobre La Granja en mayo de 1937.³⁹

* * * * *

Durante este período inicial de la Guerra Civil, los republicanos habían fracasado en sus intentos de recuperar el Alto del León, pero habían conseguido detener la marcha sobre Madrid de las columnas nacionalistas castellanas, lo que puede considerarse una victoria⁴⁰. El general Emilio Mola, con unas fuerzas muy reducidas y escasísimo material, tuvo que hacer frente durante las primeras semanas de la guerra a diversos compromisos, algunos de ellos de gran importancia estratégica, en puntos distintos y distantes de la geografía⁴¹. La necesidad de repartir sus escasos recursos, junto con la firme resistencia gubernamental en la sierra, impidió que el Ejército del Norte alcanzara el que fue objetivo prioritario durante la primera semana de guerra: tomar Madrid, una vez que era evidente el fracaso de la sublevación

³⁹ MARTÍNEZ BANDE, José Manuel: *La ofensiva sobre Segovia y la Batalla de Brunete*. Monografías de la Guerra de España, núm. 7, Madrid, 1972. Esta operación, cuya maniobra principal partía de Navacerrada, contemplaba una acción de diversión contra Cabeza Lijar y el Alto del León con la intención de distraer fuerzas del sector por donde se lanzaría el grueso del ataque. Aunque los nacionalistas lograron rechazar tanto el ataque en la zona de Guadarrama como la embestida contra La Granja, en mayo de 1937 la sierra recuperó momentáneamente el protagonismo bélico que tuvo durante 1936.

⁴⁰ CARDONA, Gabriel: *Op. cit.*, p. 35.

⁴¹ Las fuerzas de Mola, aisladas inicialmente del sur de la península, tuvieron que atender las exigencias de una serie de frentes que, a pesar de su desigual importancia, resultan excesivas para los exiguos recursos del Ejército del Norte. Mola, quien recuerda la experiencia que años más tarde, en 1941, atravesaría el general Archibald Wavell cuando era responsable de las fuerzas británicas en Oriente Medio, se ocupó a un mismo tiempo del avance sobre Irún y San Sebastián; del amplio y casi desguarnecido frente aragonés; de la defensa de Villarreal, en Álava, punto de posible penetración de las fuerzas vascas; de resistir y auxiliar a Oviedo, cercado por las milicias de León y, por último, de mantener la presión sobre Madrid desde la Sierra de Guadarrama y Somosierra. Tampoco se debe olvidar la necesidad de controlar las zonas sublevadas, pues algunas regiones como Galicia, León y Extremadura tenían partidas de guerrilleros favorables a la república. Sin duda la inexistencia de un verdadero ejército gubernamental contribuye a explicar que Mola saliese airoso de casi todos sus compromisos.

en la capital. Las columnas de Mola no pudieron forzar ninguno de los puer-
tos, siendo quizás el único intento serio de penetrar en la vertiente sur el lle-
vado a cabo por Ponte a principios de agosto, lo cual obligó a adoptar una
táctica defensiva que preludiva el equilibrio y la estabilización. Por su
parte los republicanos, quienes disfrutaban de la ventaja de combatir cerca
de Madrid y contar con tropas de refresco, dedicaron la mayor parte de sus
esfuerzos al sector del Guadarrama y, aunque consiguieron detener a las tro-
pas de Mola, comprometieron su capacidad militar para atender a otros
frentes.

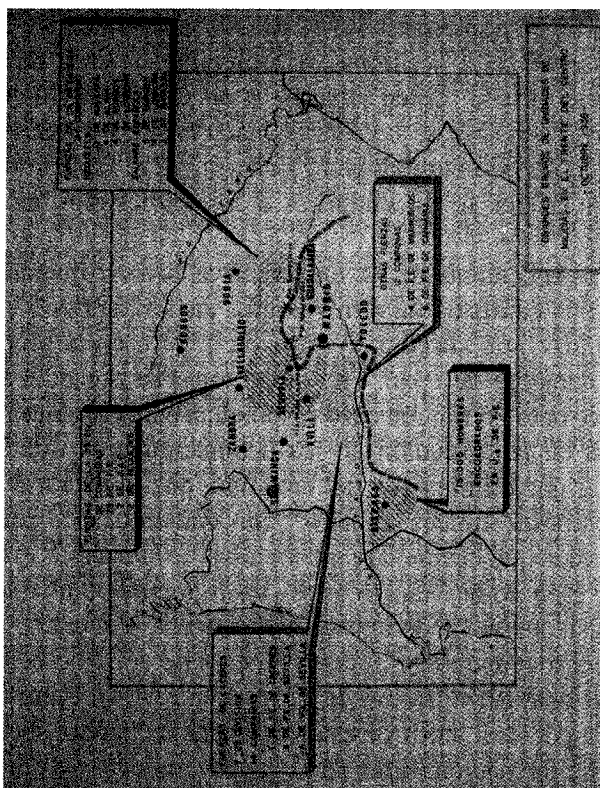
A lo largo de las primeras semanas del conflicto, la sierra de Guadarra-
ma fue el frente de guerra por antonomasia para Madrid, una ciudad donde
se estaban produciendo tras el fracaso del levantamiento una revolución que
tenía en la capital de España un carácter más político que social, al contra-
rio de lo que sucedía en Barcelona, debido a la presencia del gobierno cen-
tral y a la menor influencia anarcosindicalista. En Madrid, tras el fracaso de
la sublevación en julio de 1936, se inició un proceso revolucionario más
intenso cuanto más evidente era el vacío de poder dejado por el colapso de
las instituciones republicanas, incapaces de hacer frente a los aconteci-
mientos. Aunque en menor medida que en otras zonas del país, también
Madrid se vio afectada por la —en términos de Julio Arostegui— *ola de con-
sejismo* que afectó a la España que permaneció fiel al gobierno republicano
tras la sublevación. Los comités y las milicias de los sindicatos y partidos
del Frente Popular intentaron ocupar el lugar del Estado, organizar la vida
ciudadana y hacer frente al levantamiento. En esta situación de confusión e
intensa actividad política, la guerra ocupaba un lugar secundario ante lo que
se percibía que era una revolución. El entusiasmo popular desatado tras los
combates del Cuartel de la Montaña no se dirigió hacia la sierra, sino que
en su mayor parte se quedó en Madrid, celebrando el triunfo sobre los
sublevados. No había en la capital una conciencia de guerra sino de carte-
lazo y de revolución, de ahí la inexistencia de frentes en las primeras sema-
nas y la visión de los combates desde una perspectiva propia de la revuelta
urbana. Se puede afirmar que la verdadera reacción popular de Madrid ante
el peligro no se produjo en julio de 1936 sino en noviembre, cuando las tro-
pas de África se disponían a llevar a cabo el asalto de la capital. Hasta
entonces Madrid no había respondido a la idea de *la patria en peligro* o de
defensa de la revolución de manera semejante a como lo hicieron París y
Petrogrado, ni tampoco jugó la amenaza militar procedente de la sierra que
se cernía sobre la urbe un papel semejante al desempeñado en 1792 y 1918
en Francia y Rusia respectivamente. A ello colaboró el que entre la pobla-
ción madrileña se considerase la presencia de los sublevados en Guadarra-

ma como una amenaza difusa, aparentemente controlada e incluso lejana a pesar de la cercanía geográfica. Durante estas semanas, Madrid parecía que se encontraba en un letargo que hacía que la mayoría de sus habitantes viera la guerra como un acontecimiento distante⁴². Esta tranquilidad, sin embargo, no era compartida por los principales dirigentes republicanos ni por los miembros del gobierno, quienes mostraron su preocupación ante la marcha de los acontecimientos en la sierra con continuas visitas al frente para recabar datos sobre la situación. El propio Largo Caballero, antes de su nombramiento como responsable del gobierno republicano, así como personalidades de partidos y organizaciones políticas cuyas milicias combatían en el frente, acudieron en numerosas ocasiones a Guadarrama para comprobar la situación y dar moral a las tropas. Un ejemplo de esta preocupación la encarna Manuel Azaña, quien advertía a su cuñado Rivas Cherif de su inquietud por la cercanía de las fuerzas nacionalistas mientras contemplaban el humo de los bombardeos en la sierra desde el Palacio Real, al decirle que cualquier día se encontrarían a los sublevados en la Plaza de Oriente.

Ni siquiera la cercanía de los nacionalistas tuvo la magnitud suficiente para desatar una campaña de terror contra los sospechosos de simpatizar con el enemigo, como sucedió en París en 1793 o en la propia capital de España en noviembre de 1936. En ambas zonas se procedía a la represión del adversario, pero en ningún caso respondían estas acciones a motivaciones derivadas de la evolución de los acontecimientos militares; era una purga política, una eliminación del enemigo, que en Madrid fue especialmente intensa desde finales de julio⁴³. Sin embargo, este panorama iba a cambiar a medida que la amenaza nacionalista se hacía más evidente debido al avance del Ejército de Marruecos y a los primeros bombardeos aéreos de la capital, iniciados el 27 de agosto. Estos acontecimientos, junto con los continuos fracasos republicanos tanto en el valle del Tajo como en Guadarrama, desató una nueva forma de terror que revelaba una nueva actitud hacia el enemigo. Es a partir de estos momentos cuando, según Borkenau, la presencia de los nacionalistas en la sierra empieza a sentirse en Madrid como una empresa cercana, impulsando la aparición de un clima que ve enemigos ocultos y conspiradores por todas partes, lo que crea a su vez las

⁴² REIG TAPIA, Alberto: "Madrid, Capital a la defensiva", en *La guerra de las columnas. La guerra civil*. vol. 5, 1986, p. 82.

⁴³ Por su parte, los sublevados en Castilla llevaron a cabo una intensa represión en la retaguardia, especialmente en Valladolid y Salamanca, que parece respondía, entre otros factores, a la existencia de sectores de opinión contrarios al levantamiento y a la inseguridad derivada de los escasos recursos con que contaban los nacionalistas.



Grandes grupos de Unidades de Milicias en el frente del Centro de Las Milicias Nacionales del general Casas de la Vega

condiciones adecuadas para el surgimiento de una represión ciega⁴⁴. Las noticias llegadas de Badajoz y los relatos sobre las implacables acciones de las fuerzas de Yagüe, unido a la presencia nacionalista a medio centenar de kilómetros de la capital y al bombardeo del aeródromo de Getafe, contribuyen a explicar lo ocurrido el 23 de agosto en la cárcel Modelo. Poco después, las incursiones aéreas de los sublevados sobre Madrid acabaron por consolidar un intenso clima represivo como forma de reacción ciega ante la marcha adversa del curso de la guerra⁴⁵.

Aunque Guadarrama fuera para Madrid el frente más cercano, el escenario de lucha contra los sublevados que más directamente afectaba a la capital, no fue un *frente revolucionario*, ni el lugar donde acudieron las milicias madrileñas de forma masiva, al igual que sucedió en Aragón las columnas anarquistas catalanas, las cuales se dirigieron en los primeros momentos del conflicto hacia Zaragoza mientras colectivizaron los pueblos del camino. El fervor revolucionario madrileño de los primeros días, como la propia revolución en la capital, fue menos intenso que en Barcelona debido a la presencia del gobierno central, el cual sólo ejercía su debilitado poder en la zona centro, y al predominio de partidos y sindicatos más respetuosos con las instituciones estatales que los anarcosindicalistas⁴⁶. Por otra parte, la mayor presencia de la guerra en Madrid, sin ser excesiva, obedecía exclusivamente a la cercanía del frente.

Así lo señala Borkenau⁴⁷ a finales de agosto de 1936, quien alude también a la mayor politización de Barcelona, donde la CNT y la FAI controlaban el poder sin apenas oposición y llevaban a cabo una transformación en profundidad de toda la estructura económica y social.

Durante las primeras semanas de guerra, el gobierno republicano fue incapaz de organizar un verdadero ejército a partir de los restos de las fuerzas armadas y de orden público y, sobre todo, de unas milicias formadas en su mayoría por voluntarios valerosos pero inexpertos, indisciplinados y enemigos de la institución militar, a la que habían de sustituir. Sin apenas soldados ni mandos a causa de los permisos y el desacertado decreto del gobierno republicano que precedía a la disolución de las unidades tras la

⁴⁴ BORKENAU, Franz: *El reñidero español*. París, 1971, p. 102.

⁴⁵ TUÑÓN DE LARA, Manuel: *La España del siglo XX*. Barcelona, 1975, p. 582. Señala Tuñón de Lara que durante el mes de agosto de 1936 existía en Madrid una fuerte represión; JACKSON, Gabriel: *La República española y la guerra civil*. México, 1967, pp. 242-243. Jackson vincula la represión republicana en la capital con los bombardeos aéreos.

⁴⁶ ARÓSTEGUI, Julio: "Los componentes sociales y políticos", en *La Guerra Civil española 50 años después*, Barcelona, 1989, p. 57.

⁴⁷ BORKENAU, Franz: *Op. cit.*, p. 98.

sublevación, con unos jefes y oficiales de dudosa fidelidad, el Ejército desapareció como institución de la zona republicana. Un grupo de militares fieles a la república, encabezados por el coronel Hernández Saravia, que se instaló en el Ministerio de la Guerra nada más producirse el levantamiento, intentó coordinar la lucha contra los sublevados al tiempo que organizar los recursos militares. Desde los primeros momentos de la guerra, los republicanos se enfrentaron con la necesidad de crear un ejército —una cuestión que tardaría muchos meses en resolverse y que determinó el curso y el resultado del conflicto— a partir de las escasas unidades que sobrevivieron, de las fuerzas de la Guardia Civil, Guardia de Asalto y Carabineros, pero sobre todo de las milicias populares. Se consiguió crear apresuradamente una fuerza heterogénea a la que las milicias de los partidos y sindicatos imprimieron su forma de combatir y su modelo de organización, que sirvió al menos para evitar el éxito inmediato del levantamiento. La escasez de jefes y oficiales que permanecieron fieles a la república, sólo entre un diez y un veinte por ciento, hizo que los mandos de estas fuerzas no fueran en su mayoría profesionales, excepto en la zona centro, donde la participación popular estuvo bajo un cierto control gubernamental. Como hemos visto, las columnas que partían de Madrid hacia la sierra estaban a las órdenes de militares profesionales, y no sólo integraban a los voluntarios de las milicias, sino también a soldados, guardias civiles y guardias de asalto con sus propios mandos, que en los primeros momentos aportaron algo de disciplina, aunque pronto se diluyó en el marasmo general⁴⁸. La única organización política que desde un primer momento vio la necesidad de proceder a la militarización de las milicias y de formar un ejército fue el Partido Comunista, el cual, siguiendo las enseñanzas de la revolución rusa, comenzó por adiestrar a los voluntarios antes de enviarlos al frente y crear una estructura de mando, dando lugar al Quinto Regimiento.

Aunque la presencia de los sublevados en la sierra era una realidad amenazante para Madrid, pregonada por algunos dirigentes de partidos y sindicatos, y se hacía evidente la necesidad de una organización militar, la fiebre antiautoritaria y antimilitar desatada tras la sublevación del Ejército, impedía a las milicias aceptar la disciplina y la jerarquía más elemental para encauzar el esfuerzo de guerra. La desesperación de los escasos oficiales profesionales que permanecían leales al gobierno republicano, se unía a su impotencia para imponer la disciplina a los milicianos, quienes contemplaban los combates de Guadarrama como una prolongación de los llevados a

⁴⁸ CARDONA, Gabriel: *Op. cit.*, tomo 2, p. 78.

cabo en Madrid con éxito, una circunstancia que les hacía más optimistas de lo que la prudencia y la táctica recomendaban, dadas las diferencias existentes entre los choques urbanos y los celebrados en campo abierto. Son numerosos los testimonios referidos a la sierra que revelan la improvisación y la falta de conocimientos militares de las milicias republicanas. En este sentido se expresan personajes tan dispares como Fernando de Rosa⁴⁹, socialista italiano responsable del batallón Octubre, o Julián Zugazagoitia⁵⁰, director de El Socialista. Sin embargo, es el escritor José Herrera Petere quien mejor describe el clima de los primeros días de la guerra entre las milicias populares de Guadarrama al afirmar que *todo era ligero, todo era alegre y despreocupado*⁵¹. Un reflejo de esta situación fue la tardanza en construir un frente fijo y en suprimir la costumbre de muchos milicianos de retirarse a dormir a sus casas de Madrid o a los hotelitos de la sierra una vez finalizados los combates o cuando se sentían cansados⁵². Durante las primeras jornadas de la guerra era habitual que muchos voluntarios salieran de mañana de su domicilio en la capital en dirección a la sierra con sus hatillos de comida en pintorescas columnas llenas de entusiasmo, y regresaran por la tarde o por la noche tras haber tomado parte en la lucha. Esta singular situación, que Zugazagoitia denomina *turismo militar* o *guerra con jornada de linotipista*⁵³, parece confirmar una visión lejana de la guerra entre los madrileños, ocupados esencialmente por los acontecimientos de la capital.

Por su parte, los nacionalistas mantuvieron desde el primer momento la organización militar, siendo complementado el Ejército con unas milicias voluntarias que no sólo no ponían en tela de juicio a la institución, sino que incluso estaban encuadradas en unidades tipo compañía, convirtiéndose desde el principio en unas fuerzas prácticamente militares dirigidas por oficiales profesionales, como si hubieran sido reclutadas⁵⁴, lo que se tradujo en una mayor efectividad bélica. El ejército de Mola estaba constituido por inexpertos soldados de reemplazo dirigidos por sus mandos naturales,

⁴⁹ NENNI, Pietro: *Op. cit.*, 102-103.

⁵⁰ ZUGAZAGOITIA, Julián: *Guerra y vicisitudes de los españoles*. París, 1968, tomo I, p. 116. Este autor reconoce el heroísmo de las milicias a la par que su falta de educación militar previa, señalando gráficamente que *la muerte les fue enseñando disciplina y estrategia*.

⁵¹ HERRERA PETERE, José: *Acero de Madrid*, Barcelona, 1979, p. 74.

⁵² LISTER, Enrique: *Op. cit.*, p. 87; FRASER, Ronald: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*. Barcelona, 1979, tomo I, pp. 156 y ss.

⁵³ ZUGAZAGOITIA, Julián: *Op. cit.*, tomo I, p. 119.

⁵⁴ ARÓSTEGUI, Julio: "Sociedad y milicias en la Guerra Civil española 1936-1939. Una reflexión metodológica", en *Estudios sobre historia de España. Homenaje a Tuñón de Lara*, Madrid, 1981, p. 322. Sobre las milicias nacionalistas es imprescindible por los datos que proporciona la obra de Rafael Casas de la Vega (*Las milicias nacionales*, Madrid, 1977).

encuadrados en las unidades que formaban las divisiones orgánicas de la zona sublevada, así como por fuerzas de la Guardia Civil y de voluntarios procedentes de diferentes grupos políticos que apoyaban el levantamiento, en concreto Falange, Acción Popular y carlistas. Sin embargo, al contrario de lo sucedido en la zona republicana, este heterogéneo conjunto estaba sometido a la disciplina militar, aceptada sin ninguna discusión⁵⁵, lo que evitaba la aparición del particularismo político que, a pesar de todo, no dejaba de manifestarse. La fusión de milicias de voluntarios con unidades del Ejército efectuada por los nacionalistas, una amalgama que recuerda a la llevada a cabo durante la Revolución Francesa por la Convención⁵⁶, se reveló eficaz durante los primeros meses de la guerra, especialmente en aquellos frentes en los cuales no operaban unidades del Ejército de África, profesionales y muy efectivas. Aunque parece que los militares sublevados no vieron con agrado la participación de las milicias⁵⁷, su empleo fue de gran utilidad en aquellos frentes en que los efectivos militares eran escasos, como sucedía en la sierra. Encuadradas en unidades tipo compañía y siempre de infantería, las milicias falangistas, carlistas y de otros grupos políticos simpatizantes con la sublevación, fueron situadas por los responsables militares en aquellos lugares en los que las circunstancias aconsejaban. En el caso del frente sur, donde las fuerzas del Ejército de Marruecos se bastaban para llevar a cabo las operaciones, los voluntarios se emplearon predominantemente en labores de seguridad y retaguardia junto a la Guardia Civil para dejar libres a fuerzas escogidas⁵⁸. En lo que se refiere al Ejército del Norte, aunque estos cometidos también fueron encomendados a la Guardia Civil y a los voluntarios civiles, éstos tuvieron una importantísima participación en los combates junto a las fuerzas regulares⁵⁹ debido a la escasez e inexperience de los soldados de reemplazo como los que dependían de la 7ª Divi-

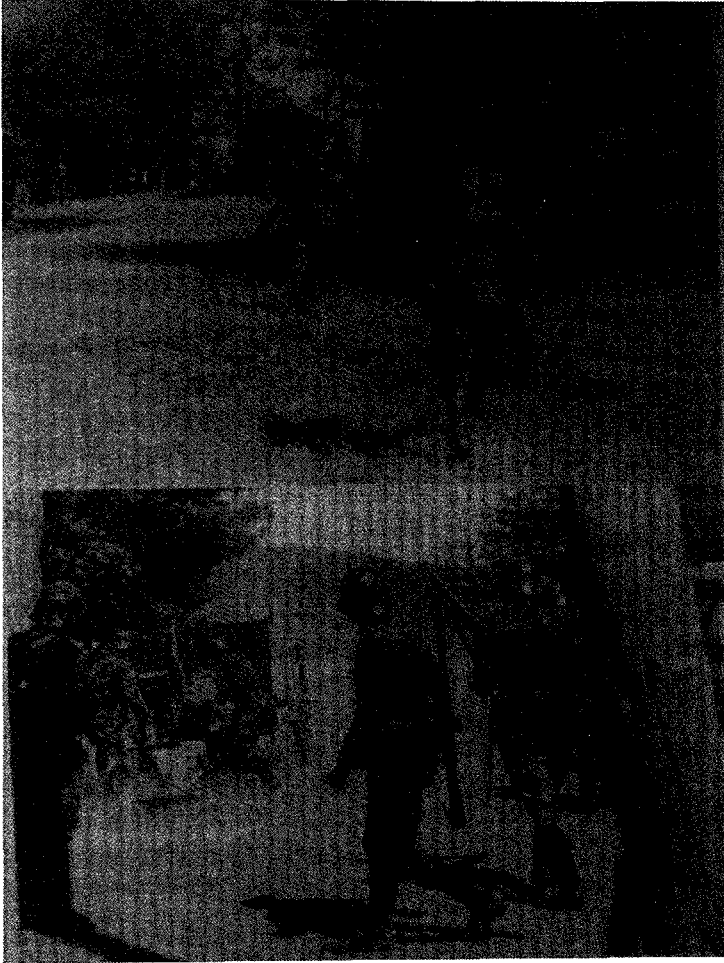
⁵⁵ FRASER, Ronald: *Op. cit.*, tomo I, p. 156. Aunque es indiscutible el sometimiento de los voluntarios nacionalistas a las directrices y autoridades militares, en los primeros días de la guerra el control y la disciplina también dejaba que desear entre los sublevados, según se desprende del relato de un voluntario salmantino en el Alto del León que regresó a su casa sin ser molestado tras haber participado en los combates.

⁵⁶ La llamada *amalgama* fue una fórmula creada por la Convención republicana para fundir el antiguo ejército real con el nuevo ejército surgido de la revolución. Consistía en la formación de unidades compuestas de la unión de dos batallones de ciudadanos voluntarios con uno de soldados veteranos del ejército regular. El éxito de la iniciativa fue notable al imponerse a la coalición europea antifrancesa de 1792.

⁵⁷ SALAS LARRAZÁBAL, Ramón: *Op. cit.*, tomo I, p. 204.

⁵⁸ CASAS DE LA VEGA, Rafael: *Op. cit.*, tomo I, p. 232. La afirmación de este autor acerca del empleo de las milicias nacionalistas exclusivamente en tareas auxiliares, es difícil de compaginar con el protagonismo desempeñado a lo largo de la guerra por los requetés.

⁵⁹ ARÓSTEGUI, Julio: "Sociedad y milicias...", p. 320.



Aspectos de la lucha en el Alto de León

sión. Las milicias nacionalistas han sido consideradas de un valor militar superior al de las milicias republicanas debido a su absoluta militarización⁶⁰, aunque su efectividad en la sierra fue desigual, como revelan las derrotas sufridas ante Navalperal por las fuerzas sublevadas dirigidas por el comandante Lisardo Doval⁶¹, el coronel Valverde y el coronel Cebrián respectivamente, en las que los voluntarios civiles tenían una presencia destacada. A pesar de todo, su utilidad, en unos momentos críticos en los que la escasez de hombres y material entre los sublevados era muy acusada, fue muy grande, tanto que probablemente los acontecimientos en la zona de la sierra se hubieran desarrollado de otra forma sin la participación de estos voluntarios⁶².

La composición de las milicias nacionalistas en las sierras de Guadarrama y Gredos durante el verano de 1936⁶³ era mayoritariamente falangista, seguida de los voluntarios de Acción Popular y, a mucha distancia, de los carlistas, en su práctica totalidad procedentes de Navarra. Estas características de las milicias nacionalistas en los frentes serranos responden a grandes rasgos al mapa político surgido en Castilla de las elecciones de febrero de 1936, en las que los grupos de derecha obtuvieron treinta y siete de los cuarenta y cinco diputados en juego⁶⁴. Sin embargo, a pesar de este abrumador triunfo electoral y del respaldo global que obtuvieron las formaciones políticas opuestas al Frente Popular, la contribución de voluntarios castellanos en julio de 1936 a las unidades de milicias –tradicionalmente considerada masiva– no fue proporcional a los resultados logrados, quedan-

⁶⁰ *Idem.*, p. 321.

⁶¹ FRASER: *Op. cit.*, p. 232. Un voluntario salmantino de la columna Doval relata el choque con las fuerzas del teniente coronel Mangada en Navalperal, en la que señala la desbandada ocurrida y la firmeza de la Guardia Civil.

⁶² CASAS DE LA VEGA, Rafael: *Op. cit.*, p. 233. Los efectivos de las milicias nacionalistas en el ámbito operativo de la 7ª División entre julio y agosto de 1936, alcanzaban aproximadamente los cuatro mil voluntarios.

⁶³ *Idem.*: *Op. cit.*, p. 237. Señala el autor la presencia de treinta y siete compañías de voluntarios distribuidas de la siguiente forma: veinticinco centurias de Falange, equivalentes al sesenta y ocho por ciento del total de los voluntarios; nueve compañías de Acción Popular, que representan el veinticuatro por ciento y tres compañías de Requetés, igual al ocho por ciento. En total, unos ocho mil hombres aproximadamente.

⁶⁴ El resultado de las elecciones de febrero de 1936 en las provincias castellanas que nos interesan fue el siguiente: Ávila, dos diputados para la CEDA y un diputado para el Partido Agrario, el Partido Radical e Izquierda Republicana, respectivamente; Segovia, dos diputados para la CEDA y uno para el Partido Agrario y para la Unión Republicana; Valladolid, tres diputados para la CEDA, uno para los Monárquicos y otros tantos para Izquierda Republicana y el Partido Socialista; Salamanca, cinco diputados la CEDA, uno para los Monárquicos y otro para el Partido Socialista; Zamora, dos diputados el Partido Agrario, uno la CEDA y otro el Partido Radical. Como puede comprobarse, de los veintiséis diputados en juego en estas provincias, veintiuno fueron a parar a formaciones políticas opuestas al Frente Popular, cuyos partidos obtuvieron sólo cinco diputados.

do muy por debajo de las cifras que podían esperarse⁶⁵. Este aspecto se pone de relieve al comparar las cifras de Castilla con las de Andalucía y Aragón, donde el número de voluntarios fue notablemente mayor⁶⁶. Se ha pretendido explicar esta realidad argumentando diversas cuestiones –algunas un tanto peregrinas, como la que achaca este escaso entusiasmo militar al carácter castellano– que coinciden en señalar la falta de una sensación de peligro, la ausencia de una urgente necesidad que justificase el alistamiento voluntario de los castellanos⁶⁷. Sin embargo, parece que las ciudades de Castilla, al igual que sucedió en Madrid, contemplaron la guerra en estas primeras semanas con cierta distancia, como si el frente fuera una realidad lejana y sin comprender la magnitud de lo que sucedía. Sin embargo, la evolución de los acontecimientos parece que debía provocar una reacción en sentido contrario, pues durante los meses de julio y agosto, Ávila atravesó unos momentos complicados al estar continuamente amenazada por las tropas del teniente coronel Mangada, quien tras derrotar a las tropas de Doval en Navalperal, llegó a divisar la ciudad. Por otra parte, la difícil situación de las fuerzas de Serrador en el Alto del León durante el mes de julio, apenas causó ninguna reacción masiva en Castilla y nadie pareció comprender que la caída del puerto supondría el repliegue de las fuerzas de Mola a la línea del Duero, como de hecho se llegó a contemplar. Un dato que permite apreciar la escueta contribución popular de los nacionalistas castellanos en estos primeros momentos, nos lo proporciona la composición de las columnas que partieron de Segovia en los días 21 y 22 de julio hacia el Alto del León y La Granja⁶⁸, en unos momentos en los que el triunfo de la sublevación distaba de ser una realidad. Todas ellas salieron de la ciudad castellana sin voluntarios civiles, compuestas exclusivamente por unas escasísimas fuerzas militares a todas luces incapaces de alcanzar los objetivos previstos, como así ocurrió. Esta tímida reacción de los segovianos –muy semejante a la ocurrida en Ávila, Salamanca e incluso Valladolid, a pesar de ser esta provincia la que mayor número de voluntarios aportó al frente –contrasta con el resultado de las elecciones de febrero de 1936, en las que los

⁶⁵ CASAS DE LA VEGA, Rafael: *Op. cit.*, p. 234. Los voluntarios castellanos enviados al frente de la sierra de Guadarrama hasta septiembre de 1936, se distribuyen de la siguiente forma: Ávila envió mil sesenta y dos voluntarios de Falange y Acción Popular; Segovia, ochocientos y Salamanca, seiscientos cincuenta, todos ellos en su mayoría de Acción Popular, mientras que Zamora manda mil doscientos treinta y dos de diversa procedencia política.

⁶⁶ *Idem.*, p. 237.

⁶⁷ *Idem.*, p. 237.

⁶⁸ MARTÍNEZ BANDE, José Manuel: *La marcha...*, p. 82. Se trata de las columnas de Guiloche, dirigida al Alto del León, Olivé y Zabaleta, cuyo objetivo era Navacerrada. Conviene recordar que el 20 de julio había salido de Segovia una partida en dirección al Alto del León, formada por ocho guardias civiles y tres cadetes de Artillería, sin un solo voluntario civil, que consiguió llegar hasta El Espinar, donde fue detenida por voluntarios republicanos de los pueblos de la sierra.

grupos afines al levantamiento obtuvieron un amplio respaldo en las citadas provincias. Teniendo en cuenta lo anteriormente referido, parece necesario matizar el presunto entusiasmo popular y respaldo efectivo de los castellanos a la sublevación, algo semejante a lo recomendado por muchos autores a la hora de contemplar idéntico fenómeno entre los republicanos, los cuales sostienen que la afluencia masiva de voluntarios se limitó a los primeros días⁶⁹.

El frente de la sierra de Guadarrama, considerando durante semanas el más peligroso y difícil de todos los escenarios de la guerra por lo que atrajo toda la atención de los corresponsales⁷⁰, era en realidad una sucesión de puntos fortificados y de observación, entre los cuales se hallaban desguarnecidos amplios espacios así como la mayor parte de los espacios no viarios⁷¹. En esta orografía difícil y poco propicia a los despliegues y movimientos, los combates estaban definidos por los choques frontales, sin maniobras ni sofisticación táctica alguna, lo que significaba una gran dureza en la lucha, como revela el que los combates cuerpo a cuerpo no fueran infrecuentes, y un elevado número de bajas⁷². El ataque directo y el bombardeo artillero fueron las manifestaciones bélicas usuales de la sierra durante más de un mes, cuyo objetivo era la recuperación y defensa del Alto del León, punto clave de todo el frente. A lo largo del verano de 1936, la guerra en Guadarrama, como en toda la península, estuvo determinada por la escasez, antigüedad y precario estado del material disponible en el momento de la sublevación. Prácticamente todo escaseaba, especialmente el armamento moderno ya que la aviación, la artillería, los carros, automóviles y armas automáticas eran prácticamente inexistentes entre las guarniciones peninsulares, cuya disponibilidad de municiones era mínima. Como señala Gabriel Cardona, la antigüedad y escasez del material imponía operaciones primitivas que estaban limitadas por la falta de municiones y repuestos⁷³.

A mediados de agosto de 1936 era evidente que las columnas lanzadas por Mola en dirección a Madrid habían sido detenidas en los puertos de Guadarrama y Somosierra por las milicias obreras apoyadas por guardias civiles y guardias de asalto, quienes tuvieron un destacado papel, así como por soldados, todos ellos dirigidos por mandos militares profesionales. Este

⁶⁹ ARÓSTEGUI, Julio: "Sociedad y Milicias...", p. 320; CARDONA, Gabriel: *Op. cit.*, tomo 2, p. 69.

⁷⁰ BORKENAU, Franz: *Op. cit.*, pp. 98 y 107.

⁷¹ NENNI, Pietro: *Op. cit.*, p. 103.

⁷² Un ejemplo de la falta de imaginación táctica existente en las operaciones desarrolladas por ambos bandos en Guadarrama, lo constituye el caso de Cabeza Lájjar, un punto clave en las posiciones de la sierra que permaneció sin ocupar y al margen de los combates hasta el 5 de agosto a pesar de su cercanía al Alto del León.

⁷³ CARDONA, Gabriel: *Op. cit.*, tomo 1, p. 43.

éxito republicano, logrado por unas fuerzas heterogéneas que desdeñaban los principios militares, no sólo obedeció a su capacidad y decisión, sino también a la doble ventaja de combatir cerca de Madrid, una importante fuente de refuerzos, y de adoptar una táctica defensiva en un terreno sumamente favorable, sin olvidar lo exiguo de las fuerzas de los nacionalistas y su falta de reservas y municiones, esta última especialmente intensa⁷⁴.

La sierra de Guadarrama fue también el lugar de formación del futuro Ejército Popular, la zona donde los combates celebrados impusieron la necesidad de la militarización de las milicias y confirmaron el acierto del modelo establecido por el Quinto Regimiento, impulsado por los comunistas⁷⁵. En las operaciones desarrolladas alrededor del Alto del León se pusieron de manifiesto las carencias del improvisado ejército surgido en los primeros días de la guerra, a pesar del éxito obtenido al detener a las columnas nacionalistas. La falta de preparación militar, el desprecio por la disciplina y la jerarquía de los milicianos republicanos unidas a la excesiva importancia que concedían al valor y a la voluntad se pudieron comprobar en los combates desarrollados alrededor del Alto del León. Todas estas carencias se revelaron insuperables en el verano de 1936, cuando la evolución de los combates hizo evidentes las limitaciones del modelo de ejército republicano y la necesidad de su transformación. También es necesario aludir a la experiencia bélica que adquirieron los republicanos en la sierra⁷⁶, cuya importancia se puso de manifiesto en los combates de otoño alrededor de la capital, en los que destacaron unidades y mandos que habían luchado en Guadarrama.

A lo largo de gran parte del verano de 1936, la sierra de Guadarrama fue el escenario de los más encarnizados combates del recién estallado conflicto civil. A pesar de las limitaciones materiales de los contendientes, el número de bajas sufridas por ambos bandos, el empleo de la aviación, la concentración artillera y la aparición de carros y vehículos mostraba un panorama propio de una guerra antes que de un pronunciamiento frustrado. Asimismo, fue el teatro de operaciones de mayor importancia estratégica en las primeras semanas del conflicto por su cercanía a Madrid y por las consecuencias derivadas de una derrota gubernamental que hubiera supuesto la

⁷⁴ Idem, tomo 2, pp. 69 y 74.

⁷⁵ LÍSTER, Enrique: *Op. cit.*, p. 89. Según Líster las enseñanzas de las primeras semanas de lucha en la sierra desempeñaron un papel importante en el trabajo posterior de organización del Ejército Popular.

⁷⁶ MODESTO, Juan: *Op. cit.*, pp. 85–86. Señala el autor en sus memorias las enseñanzas obtenidas de la guerra en la sierra, destacando además la participación de milicias locales procedentes de los pueblos serranos, el mantenimiento de los combatientes por la población de la zona, y la presencia de la mujer.

caída de la capital y muy probablemente el inmediato triunfo de los nacionalistas. Hasta la toma de Talavera por el Ejército de África a principios de septiembre, la marcha hacia Madrid era competencia de las fuerzas de Mola y su ruta pasaba por la sierra de Guadarrama, por lo que este frente conservó hasta entonces una gran importancia estratégica. Poco después, la imposibilidad de ambos bandos para alcanzar sus objetivos –los republicanos recuperar las alturas perdidas y los nacionalistas continuar su avance– junto con la evolución del conflicto, arrebataron protagonismo e importancia a los frentes serranos. Lo ocurrido en la sierra madrileña fue algo más que un contratiempo para los nacionalistas, pues la detención de Serrador en el Alto del León, así como la de García Escámez en Somosierra, significó perder la posibilidad de entrar o, al menos, amenazar directamente la capital en unos momentos de extrema confusión en el bando republicano. Mola, quien contaba con recursos muy escasos repartidos por varios frentes, probablemente se vio obligado por el desarrollo de los acontecimientos –¡tan diferente de lo previsto inicialmente!– a mantener los planes iniciales sin contar con los recursos apropiados para ello. Una vez que se conoce la composición y la magnitud de las columnas que en teoría debían alcanzar Madrid por el norte, resulta difícil creer que las fuerzas de Serrador, por mucho que se unieran a las de García Escámez, una posibilidad, no una certeza, pudieran entrar en la capital e imponerse a las milicias obreras en un terreno que dominaban. Una vez detenidas las columnas, Mola, comprometido por sus obligaciones en Guipúzcoa y Aragón y a pesar de contar con los voluntarios carlistas navarros, se vio imposibilitado para enviar refuerzos a la sierra. Las limitaciones de sus recursos se pusieron de manifiesto cuando la situación de Serrador en el Alto del León se agravó a finales de julio y sólo pudo enviar unos cuantos requetés, llegando a contemplar la posibilidad de abandonar las posiciones de Guadarrama. El desarrollo de las operaciones en esta zona e incluso la decisión de mantenerse en la misma fue objeto de alguna crítica por personalidades nacionalistas de la importancia del general Alfredo Kindelán, quien no consideró muy acertada la maniobra de Mola en Guadarrama, un punto situado a su juicio muy al sur del ámbito de actuación del Ejército del Norte, ni su enredo en una sucesión de combates tácticos muy cruentos y duros sin finalidad⁷⁷. A pesar de estas opiniones adversas, quizás sin la presión ejercida por Mola sobre un frente situado a menos de cincuenta kilómetros de Madrid, con la consiguiente inmovilización de una importante cantidad de fuerzas gubernamentales, la suerte de parte de Castilla hubiera sido otra y sin duda el avance del Ejército de Marruecos hacia la capital no hubiera sido tan cómodo.

⁷⁷ KINDELÁN, Alfredo: *Mis cuadernos de guerra*. Barcelona, 1982, p. 89.